

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

LA CONSIGNA



—Que no se aserque á la ezquina ni er Verbo divino,
y que no paze por er portiyo ni la Virgen zantízima.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Perjuicios de la virtud, por José Estremera.—Siempre encima ó la Estrella de don Tadeo, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Cuánta inocencia!, por Manuel Matoses.—Mendencias, por Sinesio Delgado.—¡Mendigos!, por Eduardo de Palacio.—Donde las dan las toman, por Francisco Aguado Arnal.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La consigna.—Choque lamentable, por Cilla.—¡De fraile!, por Escaler.—Anuncios, por Cilla.



Continúa en pie el conflicto de las cerillas, y ésta es la hora en que no sabemos quién nos las va á vender, ni dónde, ni cómo.

Los fosforeros de profesión se niegan á entenderse con la compañía monopolizadora, y ésta trata de encomendar la venta á los cocheros, porteros, mozos de café y cesantes de todos los ramos. En vista de este último acuerdo, son varias las solicitudes que ha recibido la compañía, firmadas por diferentes exfuncionarios conservadores, víctimas del partido liberal.

Por de pronto, conocemos á varios exgobernadores de provincia que se disponen á establecer puestos de fósforos al aire libre, sin perjuicio de cubrirse con un paraguas los días de lluvia. Dada la triste situación de los tiempos y lo malo que se pone todo, es de esperar que se dediquen á vender cerillas muchas otras personas civiles, militares y eclesiásticas. Los ministros están resueltos á reducir los gastos, y con este motivo se quedarán en la calle muchos padres de familia que cobraban del presupuesto.

Si esto sigue así, hemos de ver á alguna brigadiera al frente de un puesto de churros y al brigadier consorte vendiendo cerillas «sin trampa ni cartón.»

Y aun es posible que nos pare en la calle algún infeliz clérigo, para decirnos con voz doliente:

—Caballero, una limosnita para este pobre sufragáneo, suprimido por el ministro de Gracia y Justicia, de acuerdo con la Santa Sede.

Sabemos de un magistrado que está aprendiendo á tocar la guitarra, por si tiene que salir por ahí á implorar la caridad pública, y hay un exdirector general que está educando á una mona para exhibirla en la calle. Probablemente la directora tocará el organillo y hará juegos malabares vestida de bailarina.

* * *

Sí, sí; bueno se está poniendo todo.

El papel baja, los cambios suben (creo que se dice así), y es muy posible que venga la bancarrota, á pesar de los esfuerzos de Gamazo, hombre económico como ninguno, que si ve lucir dos velas apaga una, y si encuentra en el suelo una colilla se la guarda.

Él se ha propuesto salvarnos á toda costa y persigue las economías sin cesar. El que quiera verle incomodado, no tiene más que decirle:

—En el negociado de propiedades hay un oficial segundo que se fuma una cajetilla diaria.

—¡A ver! —grita el ministro.—Que me traigan á ese derrochador. Quiero anonadarlo con mi enojo. ¿Á quién se le ocurre fu mar treinta cigarrillos diarios en estos tiempos de economías?

—Hay más.

—¿Más?

—Casi todas las noches, después de comer, se toma una copa grande de *Quina-momo*.

—Y eso ¿qué es?

—Un nuevo licor altamente digestivo, que se ha puesto de moda, y que es superior al *Chartreuse* y á cuantos conocíamos hasta la fecha.

—¿Un nuevo licor? ¿Pero hay quien se atreve á inventar licores en estos tiempos? ¿Pero hay quien bebe licor todavía? ¡Después querrán ustedes que el país se salve! Este es un país de sibaritas y de despilfarrados... Deme usted una aguja.

—¿Para qué?

—Para coserme esta bota.

—La mandaremos al zapatero.

—¿Al zapatero? No están los tiempos para gastar en cosas superfluas. Cada uno debe coserse á sí mismo.

En cambio, no hay nada tan halagador para el ministro como saber que sus subordinados son económicos.

Va un amigo y le dice:

—Presento á usted á este caballero, oficial cuarto de contribuciones. Es la quinta esencia del ahorro y el ave fénix de la economía. Entre él, su esposa y su suegra comen un huevo pasado por agua y otro duro de postre. Tienen una manta para todos.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Porque duermen en la misma cama.

Para conseguir el favor del gobierno en las próximas elecciones, los candidatos hacen profesión de fe económica y se presentan á los ministros modestamente ataviados, diciéndoles:

—La economía ante todo. El despilfarro puede conducirnos á una catástrofe segura. Mire usted, señor ministro, mire usted qué costumbres más sencillas y más modestas son las mías. ¿Ve usted estas botas que traigo? Pues son de mi señora y las usamos los dos indistintamente. Yo no gasto más que lo preciso para no morir de hambre. El día de mi elección no tendré más remedio que obsequiar á los electores y ya tengo pensado lo que he de darles.

—¿Qué?

—Á unos una sardina arenque y á otros un higo.

—Es usted un verdadero fusionista. Cuento usted con el apoyo incondicional del gobierno.

* * *

Lo que parece mentira es que en esta época de escaseces y dolores haya espíritus esforzados que publiquen libros.

El joven poeta Luis González López acaba de dar á la estampa un tomo de *Cantares*, lujosamente impreso y con bellísimos dibujos de Cros.

No alabo el libro ni doy bombo al poeta: me limito á recomendar á ustedes que adquieran la obra y pasarán ratos deliciosos.

No cuesta más que una peseta...

¡Chist!... Que no se entere Gamazo.

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

PERJUICIOS DE LA VIRTUD

Era la encantadora Filomena la mujer más hermosa de la villa y, á más de ser hermosa, era sencilla y candorosa y buena. Los mozos del lugar, entusiasmados con tan rara hermosura, andaban condenados, pues no podían, ni aún los más osados, conseguir el amor de alma tan pura. Más de una serenata oyó la bella ingrata que, empezando por música armoniosa, acababa en paliza fragorosa. Tras tanta y tanta riña, unos reposan ya en el cementerio y otros gimen en duro cautiverio sólo por los desdenes de la niña. Entre tantos destrozos, viendo las otras mozas un ultraje en la extraña conducta de los mozos, suelen morir de envidia y de coraje. Pero la encantadora Filomena, conservando sin mancha su alma pura, á todo aquel horror mostróse ajena, pensando más en Dios que en su hermosura.

Rezaba cierta vez ante el retablo de San Miguel, cuando observó que el diablo, que está á los pies del santo valeroso, le hizo no sé qué guiño malicioso. Se marchó de la iglesia consternada y estuvo todo el día preocupada, temiendo que amenaza de castigo

sería el guiño aquel del enemigo.
La noche fué cruel; la pobrecilla
vió al demonio en horrible pesadilla
y oyó que le decía:—Me mereces
eterna gratitud y afecto eterno,
pues tú, con tus virtudes y esquivances,
me vas mandando gentes al infierno.

Desde entonces, la niña encantadora
vivió sumida en pertinaz tristura
que, convertida en fiebre abrasadora,
ajaba poco á poco su hermosura,
Presa de horrible pena,
sus fuerzas fué agotando el sufrimiento,
y al cabo la mató el remordimiento
del horrible delito de ser buena.

JOSÉ ESTREMEIRA.

SIEMPRE ENCIMA Ó LA ESTRELLA DE DON TADEO

Día 2.

«Querido Juan: Esperando
que me perdones te escribo.
Sabrás que me va cargando
lo que á mí me está pasando
desde que en la corte vivo.

Tomé un cuarto principal
en la calle de la Sal,
y vivía en el segundo
la modista más juncal
que Dios ha echado á este mundo.

Se la ocurrió establecer
sobre mi alcoba el taller,
y con ruido que atronaba
sin descanso manejaba
la máquina de coser;

echando luego en montón
y con la mayor frescura
pelos, trapos, algodón...
en fin, la mar de basura
desde el suyo á mi balcón.

Pensé quejarme al casero;
mas luego dije:—No quiero,
me iré á vivir á otro lado.
Y tomé el piso tercero,
que estaba desalquilado.

Pero Estrella, que notó
de su casa la estrechez,
el sotabanco tomó;
de manera que volvió
á estar encima otra vez.

Y si me mudo al tejado,
de fijo que Estrella sube
más arriba sin cuidado,
y se instala en una nube
con tal de verme apurado.

Esto es, Juan, lo que me pasa.
¡No hay un Dios que lo resista!
Conque, sin tomarlo á guasa,
díme: ¿mato á la modista,
ó me marcho de la casa?

Contéstame, pues deseo
saber tu opinión, que creo
será de las más sinceras,
y tú dispón como quieras
de tu amigo fiel—Tadeo.»

Día 4.

«Buen Tadeo: Mi opinión
acerca de tu cuestión
en un consejo te envío.
Será malo, como mío,
pero es buena, mi intención.

¿Dices que Estrella es muy bella,
pero que ya te da grima
el vivir debajo de ella?
Pues cástate con Estrella
y no la tendrás encima.»

Día 28.

«Querido Juan: Al instante
con la modista me uní;
pero no hay Dios que la aguante,
pues ella es tan dominante
que sigue encima de mí.»

Día 30.

«Querido amigo Tadeo:
¿Conque, según lo que veo,
debajo de Estrella estás?
Pues hijo... vete á paseo
y no me consultes más.»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

¡CUÁNTA INOCENCIA!

Si el gobierno es tan paternal como los tiernos poetas ministeriales aseguran, se le debe de caer la baba al leer los telegramas que estos últimos días se han recibido de las islas Canarias.

Por aquellas afortunadas islas anda estos días paseando el garbo la carabela *Santa María*, digo, no, la carabela no, la nao *Santa María*, y con tal motivo están aquellos ingenuos contribuyentes medio locos de alegría.

La nao no anda sola, sin duda porque es menor de edad, porque está en la infancia, y la conduce como con andadores un crucero protector, el *Isla de Cuba*.

Y... ¡vamos! da gozo verla llegar á los puertos.

¡Qué recibimiento le han hecho en Santa Cruz de Tenerife!

El amigo Fabra, que tan pintorescamente describe las cosas en algunos telegramas, por esta vez ha declarado que el recibimiento es *indescriptible*.

¡Qué lástima! ¡Y poco que gozaríamos aquí con ver descrito el recibimiento!

Pero ¿qué le vamos á hacer? ¡Paciencia!

Contentémonos con saber que han salido á recibir á la nao *centenares* de vaporcitos, lanchas y botes hasta cinco millas fuera del puerto, como en los pueblos salen los padres, tíos, primos, etc., á recibir al comienzo del verano al estudiante que llega de Madrid con nota de notablemente aprovechado.

Yo, que también me divierto á mi manera, me regocijo con calcular las exclamaciones de los tripulantes de los vaporcitos, lanchas y botes.

—¡Míala! ¡Allí viene! ¡Qué guapa es! ¡Qué colores tiene! ¡Cómo se contonea! ¡Dios nos la bendiga!

Según el mismo Fabra ha dicho por telégrafo, ha habido al llegar á la nao al puerto aclamaciones y vitores.

Luego una vistosa iluminación.

Después... baile.

Al día siguiente *Tedéum*.

Tras del *Tedéum*... espléndido *lunch*.

Por la noche... otra vez baile; este segundo baile de etiqueta.

Y todo eso por la carabela, digo, no, por la nao.

¡Vamos! ¿Quieren ustedes pueblo más feliz ni en más perfecto estado de inocencia? ¡Si esto es la edad de oro!

Porque—ustedes ya lo saben; no sé si lo sabrán los habitantes de las islas Canarias:—se trata de una carabela, ¡dale bola! de una nao imitada, hecha á fuerza de pesos duros, de esos pesos duros que nunca tenemos á mano para pagar las atenciones de instrucción pública, pero que sacamos de las entrañas de la tierra cuando se trata de pasar el rato divirtiéndonos.

Nosotros, los contribuyentes de tierra adentro, no hemos visto la nao; tenemos idea de ella por lo que han dicho los corresponsales de los periódicos, por las estampas que han publicado los semanarios ilustrados. Sabemos que está bien imitada, que ha habido que corregir algunos defectos; pero habiendo dinero ¡calculen ustedes si se habrán corregido con primor!

Pues bien, si todos esos regocijos y esas exclamaciones y esos *Tedeums* y esos banquetes y esos bailes los ha inspirado una nao imitada, ¿qué hubiera ocurrido si llega á ser la nao auténtica?

¡No quiero pensarlo! ¡Hubiera sido el delirio, el disloque!

Es poco más ó menos lo que hacen los muchachos hacia Navidad.

El bondadoso padre instala en el cuarto ropero un nacimiento imitado, con sus riscos de corcho, sus riachuelos de vidrio, sus chozas de cartón, sus pastorcitos de frágil barro, sus borregos con patas de alambre... y los chicos, tomando por real lo fingido, se entusiasman ante el nacimiento, y ¡qué noche buena pasan! ¡qué rasgueos en el rabel! ¡qué zambombazos en la zambomba! ¡qué cantar hasta desgañitarse y bailar hasta la fatiga!

Y es lo que ha sucedido ahora en las islas Canarias al ver la imitada nao.

Cierto que ha costado buenos miles de duros; cierto también que esos miles hubieran estado muy bien empleados tapando baches en las carreteras ó poniendo puntales en las escuelas que se hundían; pero... ¡qué demontre! puede darse por bien empleado ese dinero, que ha proporcionado y está proporcionando tan buenos ratos de alegría y tan repetidas muestras de entusiasmo á los pueblos agobiados por los impuestos.

¡Ande usted, que no todo han de ser penas!

Hoy viene el cobrador de contribuciones—¡mal día!—pero mañana llega la nao imitada, y—¡día feliz!—iluminaciones, fiestas, bailes, *lunch*...

Es una lástima—ya creo que lo he dicho antes,—es una lástima que la nao tenga forzosamente que ir por agua, porque así no disfrutamos por acá adentro de su vista ni sentimos el entusiasmo que inspira sus graciosas formas y su correcta semejanza.

Si el sabio—cuyo nombre ignoro—á quien se le ocurrió la construcción de esta nao por los patronos de la otra hubiera completado la idea, habría procurado que la *Santa María* pudiera montarse en ruedas y llevarla por esas carreteras á que la vieran los pueblos que también han contribuído á su construcción.

Quizás no lo haya hecho considerando que las carreteras, como queda apuntado, están llenas de baches, y entonces nos hubiéramos expuesto á que la nao, que anda por el mar conducida por un vapor amigo, hubiera ¡oh extraño suceso! naufragado en una carretera de primer orden.

Pero, vamos, hubiera dado gusto oír al telégrafo ó leer lo que escribe.

«La nao ha llegado al puerto de Villarrobledo.» «La *Santa María* ha fondeado en Albacete.» «Es esperada en Almagro la nao, etc...»

¡Y ahora que va á haber elecciones y están los pueblos que no tienen mar con el agua al cuello y el candidato montado en las narices!

Pero viendo la nao todo hubiera sido alegrías.

Porque no todos han de tener la desgracia mía de andar buscando siempre á mi espíritu entretenimientos románticos y tropezarme con la espeluznante realidad.

Me ocurrió hace poco que visitando la exposición hispano-americana miraba embobado un ídolo mejicano, causándome asombro la inmensa mole de piedra labrada hace siglos para que ante ella se arrodillaran pueblos y pueblos, generaciones y generaciones.

¡Con qué placer hubiera yo pasado la mano por aquellas toscas huellas hechas por un cincel prehistórico! Pero allí había un letrero diciendo con la sequedad que pudiera emplear un guardia civil: «Se prohíbe tocar los objetos...»

Aunque yo me atreví, ¡qué demonio! di dos golpecitos con los nudillos sobre la pierna del dios de Moctezuma y... ¡horror! el ídolo estaba hueco y ¡era de cartón!

Pero la carabela ¡ah! la carabela vista en el agua, arrastrada por un vapor; balanceándose... ¡vaya! que no nos hablen de Motril, ni de lo alto de los cambios, ni de si hay encasillados, ni de los apuros del Tesoro, ni de si no nos compran el vino...

Por eso digo yo que este país es el mejor gobernable del mundo.

Ahí tiene usted á los de Canarias embobados ante la nao *Santa María* y agasajándola como si fuera la propia nao que hace siglos fué á buscarnos un mundo, del que por cierto no nos quedan sino unos metros de tierra.

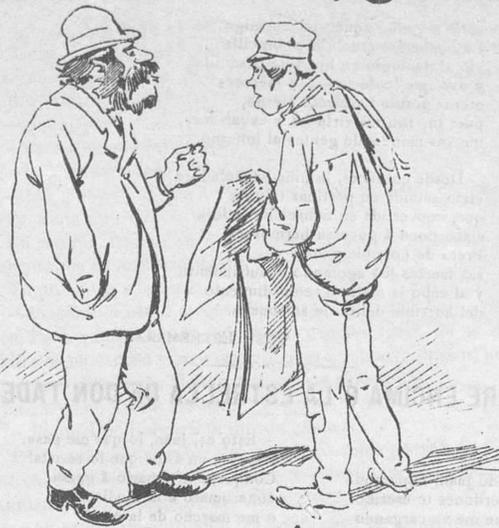
No hay que temer que se les acabe muy pronto el entusiasmo.

Y aun para entonces ya tendremos preparada una fiel imitación del arca de Noé.

CHOQUE LAMENTABLE



—¿Me han traído *El Correo Español*?



—Deme usted *El Anarquista*.



—«Por fortuna está para concluir este periodo de desquiciamiento, producido por el predominio de la demagogia insensata...»



...y no faltará quien aplique el hierro candente al cáncer del anarquismo que nos amenaza con sus brutales excesos...»



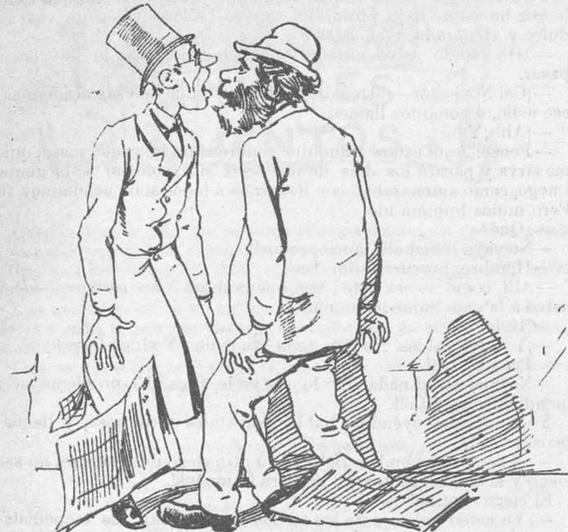
—«Hay que ahogar en ríos de sangre la serpiente de la burguesía que alimentamos ¡imbéciles! a costa de nuestro propio trabajo.»



El asesinato, el robo, el incendio... ¡Todas las armas son buenas cuando se trata de regenerar esta sociedad de canallas y de sinvergüenzas!»



Etcétera, etcétera, etcétera, etcétera.



—¡Ay!
—¡Rediós!



—Usted dispense.



—No hay de qué.



—¿Dónde tendría los ojos el demonio del hombre?



—¡Así te hubieras roto las narices contra una esquina!



—«El asesinato, el robo, el incendio... ¡Todas las armas son buenas...»



—«Y no faltará quien aplique el hierro candente al cáncer del anarquismo...»

¡Consideren ustedes si causará alegría ver la otra nao donde se conservaron sin descabalar un par de animales de cada especie!
¡Menudo *lunch* y menudo baile que habrá entonces!

M. MATOSES.

¡DE FRAILE!



—Padre, yo vería con sumo placer que vuesa merced me entregara los cuartejos que para misas acaban de darle en aquella casa.



—Hijo, no resisto á tanta humildad y buena crianza. Ahí va eso; pero te suplico que descerrajes un tiro en mi hábito para que en el convento crean que he sabido defenderme...



—Ahí va, padre, toda la metrala de la pistola.



—Que es lo que yo quería, hijo, para decirte que ¡o me devuelves los cuartos ó te reviento!

MENUDENCIAS

No conozco martirio como amar locamente con delirio, y que impasible la mujer amada ni crea en la pasión, ni crea en nada. Viene á ser algo así como si á un santo al entrar en el cielo apetecido le dijera San Pedro:—¿A qué has venido? Tú no puedes pasar; no es para tanto.

Para los tiempos malos quiero el carácter, que de los tiempos buenos cualquiera sale.

¿Que tú me llorarás cuando me muera?
¡Tal vez resucitara si lo viera!

Hay críticos que le enseñan al más pintado gramática, y en cuanto hacen algo *suyo*, resulta que dicen *haiga*.

Tengo el convencimiento de que allá, por el año dos mil ciento, pasarán por sujetos eminentes de la más linajuda aristocracia todos los descendientes de los que hoy *salen* condes, por la gracia de saber activar los expedientes.

El muerto era mi amigo, casi mi hermano; pero ¿quién va al entierro, si es tan temprano?

¡Para qué habrán nacido los que me hacen visitas de cumplido!

Yo beso con devoción los pétalos de una rosa que me dió un día Asunción... ¡Esta visto que no hay cosa más cursi que el corazón!

Estoy arrepentido del dinero y el tiempo que he perdido comprándote castañas y altramuces... ¡No lo vuelvo á hacer más! ¡Por estas cruces!

SINESIO DELGADO.

MENDIGOS

—¿Quién no es mendigo?—preguntaba un joven poeta sin vergüenza que ya no practica, por lo menos en «este Pando y Valle de lágrimas», que dice con mucha gracia D. Juan Ochoa en *La Justicia*. Y si no lo hemos sido, pudiéramos llegar á serlo.

No por convicción ni por principios, sino involuntariamente. Así me aconsejaba un pobre anciano que funcionaba de ciego y de mendigo en la puerta de un templo.

Reconocido á mis humildes limosnas, me dijo una vez, al volver á la vida pública, después de algunos días de ausencia de su puesto:

—¡Ay, señorito!

Para los ciegos todos somos caballeros y señoritos; los que tienen la voz hueca de bajo profundo son «caballeros»; los de voz más dulce y atenorada, «señoritos».

—¿Ha estado usted enfermo?—le pregunté.—No le he visto al pasar.

—¡Ca! No, señor—respondió.—Me fui á una de esas academias, á ese asilo, ó como los llamen.

—¡Ah! ¡Ya!

—Pensé: Aquí estaré tranquilo: tendré comida, cama, mesa, quien me sirva y pasaré los días de mi vejez sin molestar á la gente... Luego, como amenazaban con llevarnos á todos si no acudíamos, fui. Pero nunca hubiera ido.

—¿Qué?

—No vaya usted allí jamás, señorito.

—Hombre, procuraré librarme.

—Allí, como no sea usted una buena moza ó un *corre-ve-y-dile*, va usted á la calle inmediatamente.

—¡Hola!

—¡Y qué comidas! No hay figón tan malo. ¿Y vino? Dios le dé.

—Pues yo creí...

—No crea usted nada sino lo que yo le diga. El problema de la mendicidad es difícil.

Yo le miraba oyéndole hablar con «tales términos», y llegué á pensar:

—¡Si será este hombre *Belisario* ú otro ciego ilustrado! ¡Si no será ciego y sí solamente tuerto! ¡Si será Camoéns!

El ciego continuó:

—¿Ve usted todo eso de los ternos que regalan los empeñistas? Pues no tenga usted cuidado, que no todos llegarán á los infelices asilados.

—¡Hombre!

—Ya verá usted cómo se lo ponen los ministros.

En esto reconocí que no hablaba con *Belisario*.

—Mire usted, pudiera ser—afirmé.—Los ministros y los directores de los diversos ramos y algo del cuerpo diplomático, ¿eh? Precisamente es un cuerpo al que todos los países deben ciertas deferencias.

—Crea usted que con meetings y con dar á un hombre pan y cama no se resuelve el problema.

—Es verdad.

—Déle usted terreno para él, que le cultive ó que levante una casa, si hay quien le da la mano, y proporciónale usted establecimientos donde le fíen, con la garantía del gobierno, y verá usted.

—Sí, gloria.

—Establezca usted al artista, facilítele usted clientela y... verá usted. ¡La mendicidad, la mendicidad! Lo que quieren los gobiernos es que *haiga* pobres.

—¿Para qué, hombre?

—Para vivir de nuestro sudor.

—¡Qué asquerosidad!

EDUARDO DE PALACIO.

DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

No quedaba ni un asiento por vender, pues se decía que el estreno prometía ser un acontecimiento.

Mas la general creencia resultó desacertada, pues la comedia estrenada no agradó á la concurrencia.

Del autor, el pundonor rayaba en lo exagerado, y apuntar es excusado el disgusto del autor;

que al oír del auditorio descontento los rumores, pasaba entre bastidores las penas del purgatorio.

Y se retiró maltrecho por el fracaso obtenido, que le tuvo retenido quince días en el lecho, donde concibió esperanza de resarcirse del lance, y dar un paso de avance por conseguir su venganza.

Y con la intención expresa marcada por su deseo, dió en el mismo coliseo una tragedia á la empresa; la cual, inmediatamente anunciaba en el cartel su estreno, y logró con él llenar la sala de gente.

Empezóse la función, y esta vez ¡qué diferencia! bien pronto la concurrencia dió muestras de aprobación.

La tragedia, aunque sublime, resultaba aterradora, y más de una espectadora

estuvo gime que gime toda la noche. ¡Qué penas los concurrentes pasaban! ¡Hubo algunos que lloraban lo mismo que Magdalenas! Y hasta el ser más insensible ó de menos sentimiento botaba sobre el asiento ante una acción tan terrible.

Aunque fué grande el dolor, fué el éxito extraordinario, y muchas al escenario las salidas del autor;

quien, al ver el frenesí con que el público aplaudía, cuando aún del llanto tenía huellas, dijo para sí, recordando el otro estreno: —Tus fallos, público, acato, mas me vengué de tí en pleno, que, si me diste un mal rato hoy... ¡no le has pasado bueno!

FRANCISCO AGUADO ARNAL.



¿Querrán ustedes creer que se pasan semanas enteras sin que los periódicos publiquen una sola noticia que se preste á comentarios alegres?

Crímenes horribles por aquí, procesos escandalosos por allá, terremotos por acullá... No salimos de lo mismo.

Y es que la prensa ha estragado de tal manera el paladar del público que ya á nadie le interesan más que las catástrofes gordas ó los criminales extraordinarios.

¡Casi es de desear que venga la reacción y nos entretengamos con cuentecitos de pastores y jilgueros!

En una noche del invierno helada, un desgraciado sin hogar ni nada, más por necesidad que por capricho, fué al cementerio y se metió en un nicho.

Allí oculto, al abrigo del relente, durmió tranquilamente y exclamó al despertarse al otro día: ¿Quién habrá dicho que la tumba es fría?

Leo:

«Por ausentarse la familia se vende en almoneda un riquísimo mobiliario.»

Ahí tienen ustedes un mobiliario feliz. ¡Tiene familia!

Por cielo y tierra juré mi sincero amor á Lola y aún se negó á darme fe, porque el cielo no se ve y la tierra es una bola.

MIGUEL PÉREZ.

«El señor ministro de Fomento entregó á S. M. la Reina y S. A. la infanta Isabel un ejemplar del tomo tercero de *Los cultivos de cereales*, lujosamente encuadernado.»

¡Ay! Más valdría que su colega el de Estado les hubiera ofrecido un ejemplar de un buen tratado de comercio con Francia, aunque fuera encuadernado en rústica.

«La amo tanto, á mi pesar, que si volviese á nacer» la volvería á buscar para volverme á perder.

FEDERICO CANALEJAS.

De Estrañi:

Ayer fué hallada en un horno de tahona de la Cuesta de las Ánimas una botella conteniendo petróleo y pólvora.

¡Caracoles!

¿Qué se propondría el que puso allí la botella?

¿Hacer estallar el horno cuando se estuvieran cociendo los panecillos?

Pues, francamente, no me gusta ese modo de *hacer subir* el pan.

Porque se estropea.

Libros:

¡*Al peu de la creul*, drama en un acto y en verso, en dialecto catalán, original de nuestro colaborador el dibujante D. Ramón Escaler.

Nelet el d'Alboraya, juguete cómico bilingüe de D. Miguel Portolés.

Del mérito de ambas producciones sentimos no poder decir nada absolutamente, porque ¡ay! no hemos entendido una palabra.

Nuevas poesías, de D. Juan Alcover. Un libro que revela el ingenio y exquisito gusto de su autor. Precio: 50 céntimos.

Madrid taurino, revista de las corridas de toros y novillos celebradas en la plaza de Madrid durante el año de 1892, por *Alegrías* y *Feremias*, pseudónimos con que se ocultan dos distinguidos escritores. Precio: 2 pesetas.

Ondulaciones, colección de lindísimas composiciones en verso de don Enrique Paradas, que revela en algunas de ellas su buen gusto y su fibra de verdadero poeta. Precio: 4 pesetas.

El mochuelo, juguete cómico en un acto y en prosa original de D. Félix Limendoux y D. Mariano de Rojas, estrenado con gran éxito en el Teatro Lara.

Crónicas madrileñas, por Carlos Ossorio y Gallardo. Un elegante tomo que contiene una colección de artículos escritos con la galanura y corrección proverbiales en el autor. Precio: 3 pesetas.

El libro de «El Nervión». Nuestro ilustrado colega bilbaíno ha publicado bajo este título un tomo formado por artículos y poesías de renombrados autores. Merece leerse.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Ivanhot.—El primer chiste es muy antiguo. El segundo no lo conozco, pero no tiene gracia.

Segismundo.—Tengo el sentimiento de participar á usted que no podemos admitir artículos.

Sr. D. M. A. H.—«Oí un gemido que trajo el viento, después un grito; partióme el corazón...»

Usted mismo confesará que no es ésa buena manera de empezar un soneto. Porque es echarle á perder materialmente.

Sr. D. E. C. de la T.—Prescindiendo de todo lo demás, como usted quiere que se prescinda, la versificación es buena.

Sr. D. A. S.—«La ciencia es un abismo donde el sabio investiga la sublime magnitud de su insensible cabida.»

Por mucho que investigara el sabio, nunca podría averiguar lo que ha querido decir con eso de la cabida insensible.

&.ª y C.ª.—¡Jesús! ¡Tanta compañía para escribir una vulgaridad en un abanico!

Cantábrico.—¡Qué mala es! Está plagada de defectos materialmente.

Pepe Trovador.—La idea es un poquito cursi. Bastante cursi, mejor dicho.

Rodajas.—También eso es malo. No tiene usted más que leerlo detenidamente y se convencerá en seguida.

Sr. D. J. S.—De Sevilla había usted de ser... ¡Guasón!

Gado-Mora.—En efecto, como usted sospecha, el romance es pobre y desmayado.

Pipi.—Lo malo que tiene ¡ay! es que esas letrillas no las hacen ya más que los *pipis*. De modo que ha escogido usted admirablemente el pseudónimo.

Sr. D. A. C. S.—El asunto promete algo y no da nada. Ese es su principal defecto.

P. León.—Las ideas de las quisicosas podrían pasar si estuvieran *expuestas* con más fluidez y más gracia.

Sr. D. M. Z.—Dispense usted, ni una cosa ni otra *pegan* en un periódico festivo.

Un charro.—Pero, hombre, ¿usted cree que eso se puede decir en letras de molde?

Villatuerta.—Vulgares entrambos.

Sr. D. M. F. R.—Todo ello es muy endeble.

P. Recio.—Digo lo mismo.

Castor.—Vamos allá:

«Tendía la negra noche su densísimo velo...»

Si el segundo verso saliera solo á la calle, ya sé lo que le dirían los muchachos:

—¡Una, dos, tres!
¡cojito es!

Canuto.—¡Con decirle á usted que ese mismo juego de palabras se ha empleado hasta en los almanques de pared!

ANUNCIOS

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



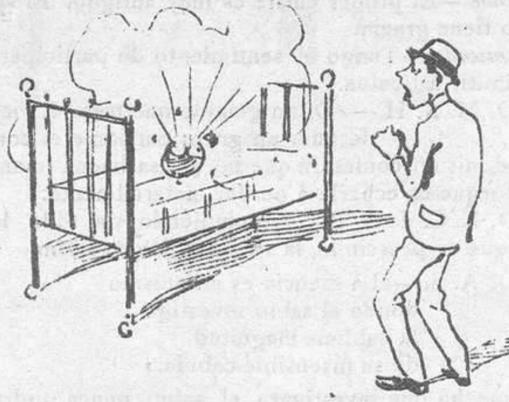
Cayó un albañil ayer,
y se pudo reventar
si no le llegan á dar
Cognac fino de Mogueer.
Sobrinos de Guinea.—Carretas, 27.



—Te has empeñado en medrar,
pero es inútil tu anhelo:
¿cómo vas á echar buen pelo
sin la Quina Palomar?
Fuencarral, 24.
Perfumería y Droguería.

HISTÓRICO

En la cama que tenía
dió con el bastón Simón,
y al rompersele el bastón,
«¿habrá otra cama, decía,
tan fuerte como la mía?»
¡Y al salir de su morada
vió quebrarse una granada,
cual si fuera de crepé,
en una del Bazar de
la Plaza de la Cebada!



Número 1.



Entró Juan en un salón
con un traje de Pesquera,
y toda la reunión
fué á besarle el pantalón
por lo retebueno que era.
Magdalena, 20.



Desdichas desesperantes
me cercan, y no las noto
distráido con las foto-
grafías interesantes.
Catálogo 50 céntimos en sellos, dirigidos á The
Publishing Office.—Amsterdam.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los tómbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Biblioteca del MADRID CÓMICO

FÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMEIRA
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS
por J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA
por SINESIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA
Album de cincuenta cartulinas,
encuadernado en tela.
Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI
por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA
por J. PÉREZ ZÓÑIGA, dibujos de CILLA,
MECACHIS Y GROS.—Precio, 3 pesetas.



—¿No tienes una camisa
de Martínez? ¿ni una sola?
Pues aquí tienes pistola,
conque... mátate de prisa.
San Sebastián, 2.



Lloran las ranas al ver
que nadie en su humilde charca
vierte Jerez de la marca
de la Viuda Ruiz de Mier.
Ruiz del Río.
Jerez de la Frontera.



En el territorio vasco
no hay boinas, caballeros...
¡Ya todos tienen sombreros
de M. García Carrascal!
Carretas, 26.



—¿Ves ese alférez, Amparo?
Pues lo mejor de ese alférez
es la dentadura.
—¡Claro!
Se la ha puesto Tirso Pérez.
Mayor, 73.



¡Que venga mañana mismo
el diluvio universal,
con tal que sea un diluvio
de Colonia Palomar!
Perfumería y Droguería.
Fuencarral, 24.



—¿Pones en tu habitación
luz eléctrica, Fermín?
Pues pide la instalación
á don Manuel Florentín.
Ballesta, 20.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID